



Meditación en "Las Salinas"

por Antonio Colinas

El espectáculo pudimos verlo en las arboledas de "Las Salinas" al principio del pasado otoño, pero, en días sucesivos, volvió a repetirse en otros lugares de la isla: millares y millares de pájaros volaban en enormes bandadas, llegaban fundamentalmente del norte y del oeste, hasta las copas de los pinos. Entre las siete y las ocho de la tarde no cesaron de pasar las aves para refugiarse en ese rincón de la isla en el que las condiciones climáticas y ambientales son especialmente valiosas. Llegaban de los más insospechados lugares de la península y de Europa. Y esperaban la noche arrullados por sus propios trinos y el oleaje de un mar aún transparente. La Ibiza de las aves...

En verdad, como dice la canción, los pájaros ponían en la tarde que anunciaba un otoño pleno, un alto ejemplo de civilidad si pensamos que, a fin de cuentas, civilidad es eso: sociabilidad, un esmerado celo en respetar a los demás, y, sobre todo, vivir en armonía con el entorno, que, en este caso concreto, se trataba de una Naturaleza única. Estar en armonía con la Naturaleza y en dar total testimonio de lo mejor de ella. Y dignificarla con una presencia ordenada. Y crear a su alrededor naturalidad, porque siempre lo mejor es lo más **natural**. ¿Y podría haber, pensaba yo, al ver este espectáculo, personas que quieran acabar con este rincón, con su armonía, con su civilidad?

La Ibiza de los pájaros venía así a sumarse en mi corazón a toda esa serie de Ibizas que amamos, ante todo, por su autenticidad, es decir, por su naturalidad: en primer lugar la Ibiza de los campesinos y de los pescadores, de los hombres de la tierra y de los hombres del mar, pues ellos conformaron originariamente la isla, y salvaguardaron sus mejores dones. Cultivándola, amándola, respetándola, hicieron de ella el paraíso que ha sido hasta hace muy pocos años. Pero también se sumaba a otras Ibizas: la Ibiza de los artesanos laboriosos, la Ibiza de los artistas, de ciertos trabajadores del intelecto. En fin, la Ibiza de todos aquellos que, con sus manos o con sus cabezas, tienden a acrecentar la armonía, la naturalidad a que antes hacíamos referencia al hablar de los pájaros, y, en consecuencia, a dignificar con su testimonio la isla.

Y, cómo no, la Ibiza de los escritores, y la de los que aman la Historia y la Lengua del lugar. La Ibiza, por generalizar aún más, de los que aman el pasado, pero en la medida en que éste es alto ejemplo, espejo donde el presente y el futuro deben verse reflejados. Porque Historia y patrimonio artístico, están también profundamente ligados a la Naturaleza, a su realidad cosmogónica, absoluta. Historia y patrimonio artístico nos ofrecen una imagen especial de la Naturaleza, de la Naturaleza que ha sido redimensionada con sus obras por el hombre.

El arqueólogo, por ejemplo, pone sus manos en aquel lugar, en aquel punto, en el que –por decirlo con los términos de Mircea Eliade, historiador irreplicable de las religiones– el hombre ha creado un **espacio fundacional**. La historia y la arqueología en concreto, deben decírnoslo todo de ese lugar borrado o desaparecido en el que un día los hombres cifraron su futuro y sus sueños; esos hechos o esos espacios **fundados** por otros a través de unos testimonios mínimos: un trozo de cerámica o una moneda corroida, un muro derruido o una pintura borrosa, un hueso, un cenizal... Casi nada, dirán algunos; casi todo, casi un sueño, dirán otros.

Como el vuelo de los miles de pájaros sobre los pinos de **Las Salinas**, los testimonios en pro del patrimonio cultural y de la Naturaleza de una Ibiza auténtica, genuina, son muy simples. Tan simples como el testimonio de quien ara o tiende las redes. Son sólo, a fin de cuentas, el testimonio de un esfuerzo, de una laboriosidad, de una amorosa tarea. La armonía lo es casi todo en la salvaguarda de una Ibiza tal como es por naturaleza. Y pensar que la isla, en estos momentos críticos para su identidad, sólo tiene un problema, un problema del que derivan todos y cada uno de los problemas: el de la masificación. El de la masificación y el de la progresiva, indiscriminada, sistemática destrucción del paisaje. ¿Y no ha llegado ya la hora de que nos demos cuenta de que la isla tiene unas dimensiones mínimas, de que hay que salvaguardar al precio que sea esas dimensiones, que, en razón de esas dimensiones mínimas de la isla, hay que programar el futuro?

ANTONIO COLINAS